

Ana Alcolea

**BAJO EL LEÓN
DE SAN MARCOS**

algaida



Primera edición: junio, 2009

© Ana Alcolea, 2009

© Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-224-1

Depósito legal: M-21.739-2009

Impresión: Lavel Industria Gráfica, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para Jørgen,
con quien he paseado en Venecia,
y en tantos lugares.*

*Para mi padre,
que regaló a mi madre su penúltimo viaje
en la laguna veneciana.*

*Para Ricardo,
con quien comparto la atracción por Venecia
y las primeras correcciones de esta novela.*

*Para Mauricio,
que convierte en Venecia todo lo que toca
con su mirada.*

*Para José Tomás,
que consiguió lo que parecía imposible.*

*Para Carlo,
que me enseñó rincones escondidos de Venecia,
y me ayudó con la documentación.*

*Para Mari Pili,
que estará en algún lugar, junto a las estrellas.*

*Y, siempre,
a la memoria de mi madre,
fue ella la primera que me enseñó a amar
las tierras y los mares de Italia.*

*... Noche, noche en Venecia
va para cinco años, ¿cómo tan lejos? Soy
el que fui entonces, sé tensarme y ser herido
por la pura belleza como entonces, violín
que parte en dos el aire de una noche de estío
cuando el mundo no puede soportar su ansiedad
de ser bello ...*

*... Es doloroso y dulce
haber dejado atrás la Venecia en que todos
para nuestro castigo fuimos adolescentes
y perseguirnos hoy por las salas vacías
en ronda de jinetes que disuelve un espejo
negando, con su doble, la realidad de este poema.*

De «Oda a Venecia ante el mar de los teatros»,
PERE GIMFERRER

El amor es un sentimiento desinteresado, una calle de dirección única. Por eso es posible amar ciudades, amar la arquitectura per se, la música, los poetas muertos o, dado un temperamento particular, a una deidad. Ya que el amor es un asunto entre un reflejo y su objeto. Este es, en definitiva, lo que le trae a uno de vuelta a esta ciudad.»

De *Marca de agua*, de JOSEPH BRODSKY

¡Imagen y espejo! Sus ojos abarcaron la noble figura que se erguía allá abajo, en las lindes del azul, y en un arrebatado de entusiasmo creyó abrazar la belleza misma con esa mirada, la forma como pensamiento divino, la perfección pura y única que vive en el espíritu y de la cual, para ser adorada, se había erigido allí una copia, un símbolo lleno de gracia y ligereza. ¡Era la embriaguez!

De *La muerte en Venecia*, de THOMAS MANN

MI PRIMER MEJOR AMIGO HA CONTADO ALGO QUE LE había pedido que mantuviera en secreto. No aprendo a estarme callada. Si quiero que algo no se sepa, lo que tengo que hacer es no decírselo a nadie. Y nadie quiere decir nadie. Ni siquiera mi mejor amigo.

Mi segundo mejor amigo ha perdido el ejemplar que le regalé de mi primera novela. No sería un detalle importante si no fuera porque llueve sobre mojado: no quiso leer el borrador que le pasé hasta que una editorial decidió publicarla. Entonces se dio cuenta de que, a lo mejor, resultaba que no estaba mal, y merecía el trabajo de pasear sus ojos por ella. Hasta ese momento me había dado largas, con comentarios del tipo: «Yo leo a Ibsen y a Tolstoi. Estoy intelectualmente muy por encima de lo que escribes». Yo también leo a Ibsen y a Tolstoi, y no ando por ahí diciendo tonterías de ese tipo. Y ahora va y pierde mi novela.

Menos mal que dentro de una semana me voy de viaje. Viajo mucho por trabajo y por obligaciones familiares. Solo algunas veces, las menos, lo hago por placer: es entonces cuando viajo sola y me pierdo en una ciudad donde nadie me cono-

ce. Donde nadie siente nada por mí, ni bueno ni malo. A veces me parece que la vida es un gran instituto, en el que todos, menos yo, son profesores que me examinan constantemente. Aún creo que lo que hago o digo les importa a los demás, y que si sonrío o dejo de sonreír puede provocar un instante de gozo o de frustración en aquél que percibe mi sonrisa o su ausencia. ¡Seré tonta! Como los niños pequeños, que esperan a que los mayores les rían las gracias. Esa es su recompensa. Todavía no sé cuál es la mía. Sigo esperando mi premio. Igual que los monos en el circo. La última vez que fui al circo lo hice hace muchos años con mi hermano y su amigo, que me trataba como si fuera su hermanita pequeña. Yo, por supuesto, estaba enamorada de él. Nunca me ha gustado el circo, pero me moría por estar a su lado, aunque fuera a costa de ver animales prisioneros. Habría hecho cualquier cosa por sentir su brazo al lado del mío o su mano cogiéndome de la cintura. Me trataba con la naturalidad con la que se toca a la hermana, pero no a la chica que te gusta. Sabía que no era su tipo, pero me daba igual, lo adoraba. Estar con él un rato cada dos o tres semanas y sus castos besos en la mejilla eran el premio que como monita me correspondía.

Pero estaba diciendo que me iba de viaje dentro de una semana. Demasiadas veces los viajes son una huida de uno mismo. Ya sé que no soy nada original; esto lo ha dicho mucha gente antes que yo. Creemos que marchándonos de un lugar esquivamos un problema, incluso el problema, el único, el de toda nuestra vida. Pero casi nunca es así, porque normalmente el problema no está fuera de nosotros. Lo que vemos fuera es lo que llevamos dentro: la oscuridad de fuera, la tempestad que agita todos sus vientos a nuestro alrededor no es más que un reflejo de esa cueva sin fondo donde habitan todos los émulos de Eolo, que llevamos en algún recóndito lugar de nuestro pen-

samiento, de nuestro ser, o de lo que puñetas sea eso que algunos llaman alma. Eso que nadie ha visto, pero de lo que todos hablan.

En cualquier caso, yo quería irme, hacer un viaje de los que catalogo como de placer: los de perderme sin compañía, los de ver un lugar con mis ojos y no con los del guía, con los del editor, o con los de mis amigos. Me parece que si voy con alguien a determinados lugares, no los veo por mí misma. Los comentarios ajenos siempre acaban tamizando la contemplación, y algo muy hermoso puede llegar a convertirse en banal si, por ejemplo, una voz a tu lado dice que el angelito del cuadro que estás admirando se parece a tu sobrino; ese mismo sobrino que una vez me dijo (los niños siempre dicen lo que piensan, lo que a veces no es tan saludable) que yo no le gustaba nada.

Pues bien, viajar conmigo misma es lo que me gusta hacer en cuanto tengo un poco de dinero extra, unos cuantos días libres, y ganas de zambullirme en otros mundos. Claro está que conjugar las tres condiciones no resulta tan fácil, y pueden pasar varios años entre uno y otro de esos viajes de placer. Y la verdad es que siempre voy al mismo sitio: Venecia, ése es el lugar donde me pierdo siempre que puedo y donde me gustaría perderme mil veces, incluso más. Sé que tampoco soy nada original en esto: todo el mundo habla de Venecia, a casi todo el mundo le gusta, y muchos son los que la visitan cada año, cada semana, cada día. Demasiados, probablemente. Hasta Venecia puede ser banal a los ojos de muchos de esos turistas de pantalón corto y máquina fotográfica colgada del cuello, o cámara digital inmortalizadora de estúpidas caras que sonríen a nadie delante de un arco del Palacio Ducal o debajo de la estatua del Condotiero Colleoni, cuyo caballo debería cobrar vida de vez en cuando y pisotear a más de un turista imbécil. También sé

que no es políticamente correcto decir esto, pero me da igual. A estas alturas de mi vida, he decidido que hay momentos en que tengo que decir lo que pienso, aunque no sea lo más conveniente. No puedo seguir pretendiendo gustarle a todo el mundo, como cuando era pequeña. Ya es hora de asumir que ni le gusto a todo el mundo, ni todo el mundo me gusta a mí. Y que incluso aquellos que me gustan normalmente, no me gustan a todas las horas, incluido mi mejor amigo.

Mi primer mejor amigo no es mi amante y se llama Pablo. Supongo que mucha gente cree que lo es y confieso que muchas veces me hubiera apetecido que lo fuera. Pero no. Quizás por eso todavía somos amigos.

Mi segundo mejor amigo sí que es mi amante y se llama Luis. Nadie lo sospecha. Es uno de esos amantes que fluyen y afluyen como el Guadiana, solo que sus afluencias son aún más espaciadas: entre nuestro primer y nuestro segundo encuentro pasaron más de diez años. En realidad, no sé si debo llamarlo amante, cuando no es más que una luz intermitente en mi sombrero panorama sexual. Antes me gustaba mucho estar con él. Ahora me aburre soberanamente, pero como también es amigo mío no se lo digo. Antes creía que era una bomba. Me dejaba sin respiración. Ahora estoy deseando que acabe cuanto antes. Su «aquí te pillo, aquí te follo» ha terminado por aburrirme esencialmente. Y a él debe de pasarle lo mismo.

Menos mal que la semana que viene vuelvo a Venecia. Y a sus espejos. Toda ella es el reflejo de sí misma. Ni más ni menos. Me conformaría con encontrar algo de mí, aunque solo sea eso, el reflejo de mí misma.

Roberto ha vuelto a mandarme mensajes por el móvil. Hacía meses que no recibía nada de él, y de pronto ha vuelto. A él lo conocí en Venecia, pero esta vez no estará en la ciudad. Mejor. A mí lo que me gusta es pasear y perderme por las calle-

jas y por los canales y por las islas. Me imagino las máscaras y los disfraces del carnaval, y miro al otro lado de los ventanales góticos desde los vaporetos. Miro a los hombres que van y vienen y los veo como a potenciales personajes de mis novelas, no como a posibles amantes. Venecia es un lugar para contemplar, para dejarse seducir por la ciudad entera, no solo por sus elementos masculinos. Andar por Venecia es sentirse poseída por ella, penetrada por cada canal y por cada arco ojival. Esa es mi relación erótica con la ciudad. No busco nada más. Por eso siempre he ido sola a Venecia. Y por eso vuelvo a ir sola. Solas Venecia y yo, en una relación casi lésbica. Con Venecia y con sus canales convertidos en espejos.

En la Venecia antigua, los amantes se veían en casas clandestinas, en palacios de amigos. Toda la ciudad sabía y no sabía. El amor prohibido se reflejaba en los canales. La imagen que devolvía era una mentira que se diluía sobre las aguas de la laguna. Esa es una de las razones por las que me gusta ir a Venecia, porque allí me zambullo en esa gran mentira que es la propia ciudad, que es puro carnaval en febrero y en todos los meses del año. La pátina de la vieja Serenísima impregna todo con su costra centenaria, y provee de una máscara invisible a sus paseantes. Cuando voy a Venecia me creo que no soy yo y juego a ser los personajes de mis novelas. Incluso, de vez en cuando, busco la casa que inventé para alguno de ellos y sigo los pasos que le hice dibujar por los callejones de la anciana república marinera.

Esta vez no voy a Venecia solo por placer, sino porque estoy escribiendo una novela que sucede entre sus laberintos. Ya sé que tampoco soy original en esto: casi todo el mundo que escribe, ambienta alguno de sus relatos en esta ciudad, que a este paso se va a convertir en algo tan trivial y cotidiano como el supermercado de mi barrio. Pero me da igual. A mí me gusta y

escribo sobre ella. Y ya está. No sé todavía qué va a ocurrir en mi novela, pero tampoco me importa. Ya irá viniendo. Sé que tratará de una mujer que vivió allí a finales del siglo xv. Una mujer que tuvo dos deseos durante toda su vida. Se llamaba Angélica y, cuando podía, procuraba mirar a través de la diminuta ventana de su habitación. Desde allí veía la luz de la casa de enfrente. De vez en cuando pasaban sombras tras los grandes ventanales de aquel palacio, al otro lado del canal. Era el taller de un pintor, y muchas mujeres entraban para posar ante el maestro y sus discípulos. Ella quería ser una de aquellas mujeres. Ése fue su segundo deseo.

Aunque tal vez acabe cambiando todo esto y resulte una novela completamente distinta a las pocas ideas que tengo sobre ella.